

# Tierra, territorio y paisaje:

**las instancias de la investigación,  
los tiempos de la aventura y el espacio de la historia\***

*Paola Mildonian*

Intentar abordar las múltiples posibilidades de definición de los términos de tierra, territorio y paisaje, que se encuentran en la encrucijada de varias disciplinas como la física, geografía, geopolítica, historia, antropología, sociología, literatura y artes figurativas sería, sin duda, un acto pretencioso. En esta investigación nos propusimos una tarea más modesta: seguir, entonces, estas nociones en algunas relaciones de viajes, mirando a ciertas funciones y construcciones del imaginario.

La densidad semántica de términos como *tierra*, *territorio* y *paisaje* —que son el producto del esfuerzo efectuado por la imaginación humana y por la contextualización de los escritos a lo largo de los siglos— conoce fuertes contradicciones y se ubica en estratigrafías culturales irregulares y disjuntas. Se trata de sujetos abstractos que se definen por objetos concretos diferentes, de nociones que proponen puntos de encuentro entre el espacio y el tiempo, la geografía y la historia, lo local y lo global; en los cuales nuestra imaginación intenta fijar, en un proyecto durable, las experiencias de los viajes, dándose cuenta inmediatamente del carácter transitorio, evanescente o todavía irreal que ciertas formas de la realidad pueden revestir en el tiempo.

\* El presente ensayo ha sido publicado de forma extensa en MILDONIAN, Paola. «Terre, territoire, paysage: les instances de la recherche, les temps de l'aventure, l'espace de l'histoire». En SEIXO M.A. y G. ABREU, org. (1998) *Les récits de voyage: Typologie, historicité*. Lisboa: Cosmos, pp. 259-277. Agradecemos a la profesora María Alzira Seixo, encargada de la edición, la autorización que nos ha conferido. Traducción del francés de Biagio D'Angelo.

Eric Leed observa que el viaje, emblema de cada carácter transitorio y de cada movimiento, ha sido a menudo interpretado como «un terreno de metáforas de proveniencia global, un jardín de símbolos, en el que se expresan todas las especies de transiciones y de transformaciones» (Leed 1991: 3-ss.). Sin embargo, no es la tematización del viaje lo que más nos interesa aquí, ni el hecho de que se haya convertido en una metáfora de la vida o de la muerte, del conocimiento o de la evasión, de la iniciación o de la condenación; sino, más bien, la capacidad que el viaje ha poseído para transformar el estatuto de la literatura, otorgándole una consciencia nueva e inquieta de sus tareas y de sus medios en la lectura, en la interpretación y en la construcción fantasmática del mundo.

Acto impuesto o de elección autónoma y voluntaria de Ghilgamesh y Ulises al turista moderno, el viaje es siempre un desafío hermenéutico y una errancia entre los signos. La imaginación «viajera» atraviesa rápidamente el mundo que está a su alrededor y que está en perpetuo cambio. Al mismo tiempo, ella se *construye* con la más grande concentración posible. *Journey, trip y travel*: he aquí algunos términos que añaden a la movilidad y a la velocidad del dios del viaje, Hermes-Mercurio, las pruebas interminables del más telúrico entre los dioses, Hefesto-Vulcano. Me refiero a la segunda lección americana de Ítalo Calvino, siendo consciente que estoy forzando el texto, pues Calvino no hace alusión a los viajes, sino a la escritura; es el trabajo del escritor que «debe tomar en cuenta las temporalidades diferentes: el tiempo de Mercurio y el tiempo de Vulcano: un mensaje de la inmediatez obtenido a fuerza de pacientes y minuciosas combinaciones» (Calvino 1988: 52-ss.).

Pero tierra, territorio y paisaje aluden también a los dos tipos de conocimiento, a los cuales Calvino se refiere en su lección siguiente. «El primero, que se mueve en el espacio de una racionalidad desnudada de cuerpos, dotada de campos vectoriales, de formas abstractas, de proyecciones geométricas; el otro que se mueve en un espacio lleno de objetos vividos, aunque la lengua natural, que se mesura tanto a la una, cuanto a la otra, está obligada a reconocerse en un caso como sobreabundante y redundante y en la otra como insuficiente» (Calvino 1988: 71).

Desde el inicio del siglo XVI, la escritura de los viajes ya no es la transcripción rápida de notas tomadas como memoria, sino que ha pasado a confiar a la literatura un proyecto sistemático y, al mismo tiempo, conflictivo, que atraviesa de manera transversal los discursos de las ciencias diferentes y del conocimiento. El discurso y el recorrido se encuentran y se mezclan y, visto el choque que producen la percepción de lo nuevo y el cambio permanente del horizonte de los conocimientos, una sombra se explaya sobre el estatuto tradicional de

la mimesis, habiéndose vuelto imposible, de improviso, la homología entre los mundos descritos y los sistemas de descripción. Es probable que el papel desmitificador de la literatura moderna, que consiste en delimitar, de manera fructífera, la «inexactitud» necesaria de las lenguas naturales en la puesta en evidencia de la separación entre aquello que se dice y aquello de lo que se quiere hablar, haya comenzado en el momento en el que la literatura se ha revelado insuficiente para trasladar de forma adecuada el discurso de la experiencia del viaje. Sin embargo, paralelamente, la polisemia y la densidad propia de términos como tierra, territorio y paisaje —que han evolucionado entre los siglos XVI y XVIII— en el momento del encuentro conflictivo entre la geografía y la historia —entre el conocimiento sensible y el conocimiento inteligible— redefinen nuevas metáforas y nuevas mitologías que confían a la literatura y al arte el destino de las cosas incumplidas e insuficientes, las expectativas y las decepciones que guían las experiencias y los conocimientos del hombre moderno.

Para ilustrar un número reducido de aspectos de esta hipótesis, citaremos algunos ejemplos, sin pretender trazar un desarrollo histórico completo. El primer ejemplo proviene de una historia que me concierne, pues es relativa a la interpretación veneciana (próxima, también, a la portuguesa) de las nociones de tierra, de territorio y de paisaje, consumada en los inicios del siglo XVI.

«Nuevas islas, nuevos mares, nuevos pueblos, y también, un nuevo cielo y nuevas estrellas» (Carvalho 1947: 42), exclama el matemático y astrónomo Pedro Nunes en su *Tratado da Sphaera* (1537).

Las tres primeras décadas del siglo XVI presentan una estrecha colaboración entre las ciencias y los viajes de descubrimiento. En España la crónica gigantesca del Descubrimiento, fue encargada por los Reyes Católicos al humanista italiano Pedro Mártir de Anglería<sup>1</sup> para que sirviera de memoria monumental de la conquista. La confrontación pragmática y experimental entre la experiencia inmediata de las relaciones de viajes, las hipótesis y los progresos de la ciencia oficial y la interpretación literaria de estos acontecimientos es —sin duda— un punto de contacto entre la interpretación portuguesa de los descubrimientos y la interpretación italiana y más particularmente veneciana.

---

<sup>1</sup> Para más bibliografía sobre este problema, ver mis estudios «Socrate nelle Indie Occidentali. Considerazioni in margine alle “De orbe Novo Decades” di Pietro Martire d’Anghiera». En *Studi di letteratura ispano-americana*, 15 (1983), pp. 7-29. Consultar también *La conquista dello spazio americano nelle prime raccolte venete in L’impatto della scoperta dell’America nella cultura veneziana*, ed. de A. Caracciolo Aricò (1990). Roma: Bulzoni.

Y es por eso que en Portugal ciertas elaboraciones científicas complejas como la del *Tratado da Sphaera* pueden traducirse muy bien en las prescripciones e informaciones de los *Roteiros* (Albuquerque 1983) de D. João de Castro, o del *Esmeraldo de Situ Orbis* de Duarte Pacheco Pereira, como también en la cosmología poética de *Los Lusíadas*.

Al carácter único y maravilloso del Descubrimiento («La mayor cosa») y a la mitología política de la reconquista, los venecianos y los portugueses oponen —desde el inicio— una visión progresiva que integra el oriente y el occidente, el Viejo Continente y las tierras recientemente descubiertas, y todo eso al interno de una discusión global que comprende los conocimientos geográficos y astronómicos, la técnica de la navegación y las rutas comerciales, los equilibrios políticos y las proyecciones económicas; se revoluciona el saber antiguo bajo la influencia de Erasmo y el impulso humanista, pero —al mismo tiempo— se abre de forma extraordinaria a la cultura nueva de aquéllos que, como Leonardo, se autodefinen como los «hombres sin letras», colocando las bases de la nueva ciencia experimental y de las nuevas formas de palabra y escritura. Es a través de estos «hombres sin letras», que el humanismo se disloca, a partir de la segunda mitad del siglo xv, hacia una concepción menos triunfal, tal vez dramática, hacia una antropología atenta sobre todo a la vida, como lo había profetizado Nicolás de Cusa.

Desde el inicio del siglo xvi, aunque excluidos de la explotación económica y de la exploración activa del Nuevo Mundo, los venecianos no renuncian a la discusión científica, económica y política sobre los datos del Descubrimiento. Los viajes les interesan sobre todo por las repercusiones que pueden tener sobre el conjunto de las rutas comerciales y, en particular, sobre las hazañas de aquéllos que ellos consideran (desde la segunda mitad del siglo xv) los rivales más peligrosos, es decir, los portugueses.<sup>2</sup> Diplomáticos y embajadores, entre los cuales algunos parecen estar bien implicados en el espionaje de las rutas marítimas, envían desde España y Portugal — junto a despachos que quedan protegidos por el secreto de estado— algunas cartas de interés científico o exotista, que son rápidamente publicadas y divulgadas. Nacen así extraños fenómenos: mientras que en España la primera Década de la obra de Pedro Mártir será publicada 18 años después de su redacción, por razones de secreto exigido por los Reyes Católicos; la traducción clandestina, hecha por el veneciano Anzolo Trevisan en 1501, tendrá, a partir de 1504, varias ediciones y nuevas elaboraciones.

---

<sup>2</sup> Ver a este propósito AMBROSINI 1982.

Pero hay más, después del descubrimiento de América, en el medio veneciano, tiene lugar un fenómeno particular: se asiste a la aparición de antologías de viajes que buscan trazar a través de documentos de naturaleza diferente —diarios de viaje, relaciones de viajes, relaciones científicas, despachos diplomáticos o cartas familiares— la visión global de las navegaciones portuguesas y españolas.

Se produce un fenómeno parecido en Alemania donde las grandes casas comerciales del norte, los Welser, los Völklin, los Fugger, y más tarde los Gossenprot, los Höchstetter de Augsburg, los Imhof y los Hirschvogel de Nuremberg, reaccionan inmediatamente a la revolución que provocan los portugueses con sus nuevas rutas comerciales e intentan dividirse los privilegios. Las informaciones sobre los viajes de los portugueses forman el eje Augsburg-Nuremberg, y aquí se forman también algunas colecciones extraordinarias de viajes<sup>3</sup> gracias también al papel de intermediario jugado por algunos viajeros-humanistas como Valentín Fernández de Moravia, al que los soberanos portugueses habían encargado negociar con los mercaderes alemanes (Krása 1986: 20).

Antes de la gran colección de las *Navegaciones y viajes* de Giovanni Battista Ramusio,<sup>4</sup> son publicadas en Venecia, entre 1501 y 1536, algunas colecciones menores muy interesantes por los criterios de elección y de comparación que introducen. La más amplia de estas antologías es *Paesi novamente ritrovati* (países recientemente descubiertos) de Fracanzio de Montalboddo; publicada en Vicenza en 1507,<sup>5</sup> evidencia, en sus seis libros, el conjunto de los descubrimientos portugueses y españoles hasta el año 1501, basándose en diferentes documentos.

La visión lusocéntrica (una visión atenta e inquieta, y al mismo tiempo triunfalista) se evidencia en la estructura misma de la antología que consagra cuatro de sus seis libros a las navegaciones de los portugueses; éstas comenzaron con las navegaciones africanas al Senegal y Gambia (efectuadas bajo las órdenes del Infante Don Enrique, por el veneciano Alvise Ca' da Mosto y el portugués Pedro da Sintra).

<sup>3</sup> Como el *Codex Monacensis Hispanicus 27*, que pertenecía al humanista Konrad Peutinger de Augsburg y el *Codex Bratislavensis Lyc. 515/8*, publicado hoy por Krása, Polišínský y Ratkoš.

<sup>4</sup> Giovanni Battista Ramusio escribió *Navigazioni et Viaggi*, los tres volúmenes fueron publicados en Venecia por el editor Giunti. El primer volumen está consagrado a África (1550) y el tercero al Nuevo Mundo (1553); el segundo volumen, que era consagrado a Asia y que había sido mutilado en el incendio de la casa editora, fue publicado póstumamente en 1559.

<sup>5</sup> *Paesi novamente ritrovati et Mondo Novo da Alberico Vesputio florentino intitolato*: en la última página: «Stampato in Vicentia con la impensa de Magistro Henrico Vicentino et diligente cura et industria de Zanmaria suo fiol nel MCCCCCVII. a .III. de Novembre». Nuestras citas se refieren a la edición de 1517 de la Biblioteca Marciana de Venecia (*Rari Veneti* 644).

Los venecianos, como los portugueses (sus rivales envidiados y admirados), se interesan sobre todo en la definición geográfica de la superficie de la tierra; ellos conciben un mundo de extensiones marinas que unen las islas y los continentes y se detienen en la descripción de los perfiles de las costas, mostrando un interés menor por los territorios, aunque como en el caso de las relaciones de los viajeros en Oriente, de Marco Polo a Josafat Barbaro (Ramusio 1980), algunos de estos documentos recogidos atestiguan la apertura extraordinaria de los venecianos hacia lo que es extranjero y diferente. A mediados del siglo xv, durante su viaje, Alvise Ca' da Mosto no deja de relatar el punto de vista de los negros sobre los blancos ni en justificar su desconfianza. Él acepta sin dificultades tanto la desnudez como la negritud de los habitantes de Las Canarias. Por el hecho que ellos tienen la costumbre de pintarse la piel, él observa que los colores y los diseños tienen, para ellos, la función de nuestros vestidos (Verrier 1994: 43), pero nos relata también que los gambianos rehusan tratar con los blancos temiendo que se trate de antropófagos (Verrier 1994: 103), o también, que en el mercado, le habían frotado la piel con la saliva para ver si él perdería su color blanco, Ca' da Mosto está siempre dispuesto a reconocer y a vivir su diferencia, y en él (como lo han puesto en evidencia M. Mollat du Jourdin y Frédérique Verrier) la investigación de la información geográfica y comercial se vuelve una auténtica pasión etnográfica. De hecho, también las cartas de los diplomáticos y de los embajadores que se centran en los problemas de la política y de la economía del Extremo Oriente se liberan, con frecuencia, a las observaciones exotistas.

Sin embargo, hay novedades interesantes también desde el punto de vista de la composición: la exigencia de una visión lo más completa posible incita, en efecto, a Ca' da Mosto a añadir —a sus dos relaciones de viajes de 1455 y de 1456— una relación sobre las navegaciones de Pedro de Sintra efectuadas en 1460, que él mismo redacta sobre las bases de las anotaciones tomadas por un amigo portugués que había participado en ellas. De esta manera, él propone ya el criterio de la antología que guiará —cincuenta años más tarde, la colección más amplia de los *Paesi*— un criterio que prevé el papel de intermediario jugado por el compilador, su punto de vista etnográfico, geográfico y político, y también su participación en el plano humano, su curiosidad, entusiasmo estético y sobre todo el sentido que él atribuye a la experiencia del viaje.

Es significativo que los *Paesi* posean, como punto de partida, las relaciones de Ca' da Mosto y que inauguran, no sólo de manera cronológica, el relato de cincuenta años de navegaciones de portugueses y españoles a través de los océanos, sino también una nueva

forma de relación. Se trata de una escritura que se sirve de los diarios de viaje y que puede, ciertamente, recordar, por su vivacidad, *Il Milione*, pero que, a diferencia del *Milione*, relaciona periodos de breve duración. Una experiencia que no comprende una vida entera y entonces no engloba todos los sueños, todos los entusiasmos, las maravillas y los espejismos de toda una juventud. Ésta parece, en efecto, escrita en esta forma de urgencia que alía la incertidumbre del viaje con lo vivido en la nueva experiencia. En la antología de los *Paesi*, no se produce, por lo tanto, una ruptura clara entre las cartas diplomáticas, familiares y científicas (como la de Vespucio), y las relaciones como las de Ca' da Mosto porque todas ellas quieren comunicar una experiencia que —bajo formas diferentes que han sido objeto de numerosas discusiones— revestirá el sentido de la experiencia geográfica moderna.

Sin embargo, falta una visión política tanto de la penetración, explotación y repartición territorial, como la que emerge de los escritos de Bernal Díaz del Castillo, de Hernán Cortés y de los relatos españoles de la conquista del Perú.

Los venecianos, al igual que los portugueses en sus *Roteiros*, raciocinan en términos de escalas y costas, y recogen todas las informaciones posibles para completar el trazado global de las tierras descubiertas. Su visión geográfica es extraordinariamente plana, por lo menos hasta la circunnavegación de Magallanes, que marca una inversión de la tendencia en las coordenadas espaciales y una etapa importante en la investigación. La empresa de Magallanes había coronado los esfuerzos de la imaginación científica de los venecianos; se daba forma a la cosmografía que ellos habían tenido como objetivo, en sus antologías de documentos de viajes y en sus hipótesis y proyectos geográficos.

Un nuevo orden cosmológico este-oeste reemplaza, por lo tanto, el eje vertical norte-sur de las navegaciones a través de los océanos del siglo xv. El desplazamiento horizontal que había sido, hasta aquel momento, reservado solamente a los viajes por tierra hacia Oriente, se aceleraba ahora en el sentido contrario y a través de los tres océanos, circundaba y unificaba el globo terráqueo en la sucesión de las estaciones y de los husos horarios.

Después de esta hazaña, dos nuevas vías se abrieron para la construcción del imaginario: una, científica, y la otra, literaria. Como si los venecianos sintieran —cada vez más— la necesidad de afirmar, por un lado, su superioridad científica y, por el otro, la prioridad en la interpretación y la difusión, en todos los niveles, de los descubrimientos.

En 1536, un autor anónimo, que publicó y escribió el prefacio al *Viaggio degli Spagniuoli* (una pequeña antología dedicada a la empresa de Magallanes y compuesta por la

relación de Pigafetta y por la carta de Maximiliano Transilvano),<sup>6</sup> ponía en notoria evidencia el sentido de la circunnavegación: «Esta hazaña que en su grandeza y por la proeza de su tripulación y por el conocimiento que daría a la humanidad [...] era superior a todos los demás viajes de la antigüedad» siempre habría encontrado la plena confirmación de su verdad; los resultados de las exploraciones de Diego de Almagro, de los dos Pizarro y de Hernán Cortés, que habían seguido los mismos itinerarios, domaban así la certidumbre.

Pero, al mismo tiempo, él necesitaba declarar la unicidad de sus informaciones al precio de una mentira enorme y, sabiéndose protegido de las eventuales protestas de Pedro Mártir, que había muerto diez años antes, él difundía la falsa noticia de que la quinta Década de su obra se había perdido en el «saco de Roma».

Dos años antes de la impresión del *Viaggio degli Spagniuoli* se había publicado en Venecia otra antología americana, bajo la dirección de Giovanni Battista Ramusio, el futuro autor de la gran colección de *Navigaciones y viajes*. La edición ramusiana de 1534 era un homenaje a la obra de uno de sus grandes amigos, que había fallecido cinco años antes, Andrea Navagero. Gracias a su conocimiento del latín y del español, Navagero había sido el traductor original y el autor de las síntesis de dos obras fundamentales para el conocimiento del Mundo Nuevo: las *Tres primeras décadas* de Pedro Mártir y la *General y natural Historia de las Indias* de Oviedo.<sup>7</sup>

Gentilhombre humanista no sin originalidad, amigo de Ramusio con el cual compartía su curiosidad por la geografía y su pasión por la botánica, que ambos exaltaban en los bellos jardines de su propiedad situados en las islas de la laguna y en las colinas de la región veneciana, Navagero no era novicio en el arte de las relaciones de viajes. Embajador en España entre 1525 y 1528, había escrito una amplia relación de su viaje en cinco cartas, dirigidas a su amigo Ramusio y en un *Itinerario*<sup>8</sup> (1563). En estos escritos él ya había

<sup>6</sup> *Il Viaggio fatto da li Spagniuoli a torno a 'l mondo. Con grazia per anni XIII, MDXXXVI*, sin lugar de edición y sin el nombre del editor (probablemente Zoppino). En ZORZI, Alessandro. *Raccolta Alberico*, II, (Bibl. Nat. de Florence, Magl. XIII, 234), f. 180rss.

<sup>7</sup> Por la bibliografía relativa a este problema, véase mi estudio *La conquista dello spazio americano*, cit., pp. 123-124.

<sup>8</sup> Andrea NAVAGERO, *Il viaggio fatto in Spagna, et in Francia, dal Magnifico M. Andrea Navagiero, fu oratore dell' Illustrissimo Senato Veneto, alla Cesarea Maestà di Carlo V. Con la descrizione particolare delli luochi, et costumi delli popoli di quelle Provincie*. En *Vinegia appresso Domenico Farri*, 1563. Esta obra se conoce bajo el título convencional de *Itinerario* (Cfr. G. ARNALDI, M. PASTORE STOCCHI, *Storia della cultura veneta*, Vicenza, Neri Pozza, 1980; C. GRIGGIO, "Andrea Navagero el "Itinerario". En *Spagna (1524-1528)*". En *Miscellanea di studi in onore di Marco Pecoraro: da Dante al Manzoni*, a cura di B.M. Da Rif e C.



abordado, con el gusto de un humanista, la descripción de ciudades y paisajes extranjeros: fascinado por la belleza de la naturaleza y del arte, por la pluralidad de las culturas todavía vivas, a pesar de las voluntades políticas y de los abusos religiosos, Navagero habla de los catalanes, aragoneses, vascos, moros y de algunos indígenas americanos que encuentra en Sevilla, «de buen humor» e «hijos de grandes maestros de su tierra», con el mismo entusiasmo describe los usos y costumbres de ellos, sin nunca decaer en juicios de valor.

Se percibe solamente una cierta irritación frente al poder exorbitante del clero de Toledo, una ironía divertida hacia la arrogancia de los españoles que «compensan la pobreza con su soberbia o, como dicen, con su fantasía» (Navagero: f. 10rv), o también, su preocupación humana frente a la explotación de los indígenas de las Américas.

La descripción del territorio es —ante todo— la de la tierra, en su acepción de suelo fructuoso y productivo, riqueza para el cuerpo y el espíritu. Las páginas consagradas a Andalucía son absolutamente memorables: se habla de Granada, la más bella de las ciudades españolas, de la que describe, entusiasmado, los jardines, las aguas, los palacios, y no duda en expresar cuánto siente el hecho de estar allí sólo de tránsito. Describe también la melancolía que le inspira el hecho de no poder vivir allí «en la calma y la tranquilidad, dedicándose al estudio y a los placeres que convienen a un hombre de bien, sin desear nada más» (Navagero: f. 20rv). Pero justamente en lo que podría parecer un *locus amoenus*, algunas casas moriscas en ruina le recuerdan bruscamente la historia presente, la precariedad de la condición a la cual están destinadas las civilizaciones que admira y las tierras que se han transformado en teatro de conflictos entre los intereses opuestos de vencedores y vencidos.

«Ahora hay muchas casas en ruinas y jardines en mal estado [...]. Los españoles, no sólo en esta tierra de Granada, sino también en el resto de España, no son muy industriosos. No cultivan ni trabajan con placer la tierra; se dedican a otras cosas y prefieren ir a la guerra y a las Indias para enriquecerse» (Navagero: f. 25rv).

La lógica totalizadora del imperio ha asociado definitivamente el porvenir del Viejo Mundo al porvenir de las tierras recientemente descubiertas; la tierra se está transformando, y de manera peligrosa, en territorio-suelo, desnudada de la vida de la naturaleza y de las huellas seculares de los hombres. Y en el momento en que completa su descripción de los

---

Griggio, Firenze, Leo Olschki, 1991, pp.153-178; D. PEROCCO, “Uno storico mancato, un viaggiatore involontario: il caso di Andrea Navagero”, in *Forma e Parola. Studi in memoria di Fredi Chiappelli*, a cura di D.J. Dutsche, P.M.Grazzini, B.R. Lowton, L. Sanguineti White, Roma, Bulzoni, 1992, pp.327-339.

usos y costumbres de los moros de Granada, Navagero presente el acercamiento de la fecha de los cuarenta años, dispuesta por la Inquisición como una ruina definitiva, como el último acto de una degradación que la política de España no intenta evitar (Navagero: f. 26rv).

La reducción del territorio a un artefacto y la del suelo a un simple soporte «el suelo vacío, el suelo puro, el suelo independiente de su presencia viva de animales, plantas, árboles, seres humanos. [...] el suelo, como gran tejido rígido donde los Estados se habían recortado sus dominios» para retomar los términos de Lucien Febvre (1949: 67), es reconocida como una realidad amenazadora y limitante en la historia de los imperios, muchos siglos antes de ser teorizada por la geopolítica que servía a los intereses del *Lebensraum* (el «espacio vital» promovido por el nacional-socialismo en la Alemania de Hitler).

La hegemonía austro-española es una dura realidad contra la cual Venecia debe luchar —como contra los turcos— y la alianza sellada entre el papado y el imperio es un peligro amenazador. Es por ello que el viaje verdadero realizado por Europa no aprovecha la libertad del viaje imaginario, leído, interpretado y revivido en la página. A veces el placer del conocimiento prefiere el viaje ficticio, y los mundos lejanos y desconocidos que se extienden más allá del océano.

En su libre traducción novelesca de las tres primeras *Décadas* de Pedro Mártir, Navagero no rehusa hacer amplias descripciones e incluye episodios ausentes en el texto original, que se trate de escenas interpoladas de la navegación de Colón en el *Libro Primo*, primer núcleo de un mito ficcionalizado, o de la pequeña *novella* exotista que, en el contexto de un paisaje lujurioso de frente a una mesa ricamente preparada, en el fondo de un erotismo sutil, todo alusivo —siempre anunciado y nunca revelado— que satisface los placeres de los sentidos y la curiosidad intelectual, nos relata el encuentro entre la princesa Anacaona y el gobernador Bartolomé Colón. Y aunque el *Summario* evolucione hacia un espejismo exótico que se apoya en la consciencia de su compromiso literario, nos quedamos impresionados por la extrema libertad con la cual Andrea Navagero, que nunca había visto la América, representa los paisajes del *Summario*, reconociéndose como el primer lector de una experiencia incomparable; pero no sería justo pensar que los detalles de sus sabias ampliaciones exotistas sean fruto puramente de su imaginación. El *Summario*, que se propone ser un resumen de las *Décadas* de Pedro Mártir, es también la síntesis de numerosas lecturas recogidas y comparadas en el espacio de treinta años por lectores diferentes, de Anzolo Trevisan a Alessandro Zorzi.

Y hay que mirar los esfuerzos sorprendentes de Alessandro Zorzi, en su colección *Alberico*, para obtener una confirmación de estos detalles de la vida material, de estas

gastronomías llenas de fantasías, de plantas y animales que hacen la lectura del *Summario* rica y fascinante.

La colección *Alberico* del Fondo Magliabechi de la Biblioteca Nacional de Florencia es el testimonio más extraordinario de las nuevas vías que se abrieron a la construcción del imaginario científico de los venecianos después de la empresa de Magallanes. La colección se compone de cuatro volúmenes de materiales manuscritos e impresos, que no han obtenido nunca una publicación unitaria y definitiva, y que se parecen a los documentos de viajes que se extienden a los cuatro continentes. No sólo se trata de la más vasta compilación antes de la obra de Ramusio (podría también representar la fase de preparación de su trabajo), no sólo ofrece en algunos casos una documentación única, sino que —como se ha quedado en un estadio preparatorio— se pueden encontrar todos los rasgos de operación de elección, clasificación, comparación y comentario que guían la actividad del coleccionista. Las hojas de los cuatro volúmenes, que son con frecuencia extraídas de otros volúmenes como el de los *Paesi*, abundan en diseños, repertorios y anotaciones que ocupan también los márgenes, y que constituyen una presencia masiva sobre todo en el segundo volumen, dedicado a los documentos americanos, y más discreta en los demás.

No se puede escapar a la impresión que todo lo que se relata en las páginas es, de una cierta forma, inadecuado al plano de referencias y que hay una gran diferencia entre el relato y el esfuerzo de imaginación de este lector privilegiado que es el compilador, que intenta captar su objeto lo más cerca posible; un esfuerzo y una desproporción que dilatan y empujan el espacio de la página hacia la zona vacía y precaria de los márgenes. En esta zona franca, un nuevo texto se produce lentamente, más irregular e intermitente, pero —al mismo tiempo— más exigente, pues se ofrece a la lectura y la interpretación con la única condición de que se logre integrar los esbozos de paisajes nunca vistos, de animales extraños y raros, de plantas exóticas, de herramientas de cocina, de armas, de objetos de arte, con las perspectivas de aldeas, detalles corográficos y sus leyendas: altimetrías, planimetrías, nombres de lugares, listas de objetos y de productos, taxonomías que se acompañan, finalmente, de pasajes subrayados y de tratos de plumas verticales que definen los párrafos y atraviesan la página, brindándonos el orden de esta lectura, sus pausas, sus meditaciones y admiraciones.

El ojo, la mano y el espíritu del intérprete son presencias concretas, garantes del libre movimiento de su fantasía, que puede pasar del juego abstracto de un punteado riguroso e ilustrado por la anotación *insulae molte* ('islas numerosas') e *insulae infinitae* ('islas infinitas'), a los grandes esbozos cartográficos que se extienden en muchas páginas y

que ligan los perfiles trazados por los nuevos itinerarios a los territorios ya conocidos en una visión geográfica lo más completa posible. En el centro y al lado de estos grandes esbozos se aprietan los cálculos, las discusiones cosmográficas y las hipótesis astronómicas.

Estas recopilaciones confirman las observaciones de Lestringant: durante el Renacimiento, la corografía y la cartografía se completan. La corografía «limita su campo idealmente a lo que el ojo de un espectador atento puede abrazar en el instante» (Lestringant: 10); la escritura es asumida por el diseño y se puede decir, con Lestringant y Svetlana Alpers, que «cuando el término de descripción es utilizado por los geógrafos del Renacimiento, éste diseña menos el comentario y la subtitulación textual de la carta que las imágenes trazadas o inscritas en el plano de algo escrito [...]. La corografía es en este caso una caligrafía, pues ella requiere que, al compás del geómetra se alíen el pincel y la pluma del artista» (Lestringant: 11).

Entonces, no hay que maravillarse con que la experiencia de los viajes se haya abierto a nuevos horizontes de la imaginación artística y literaria, y que los cinco sentidos, vigilantes del hombre del Renacimiento hayan sabido captar —tanto del viaje verdadero como del viaje imaginario— los elementos de un paisaje que pueda satisfacerlo y guiarlo hacia un conocimiento diferente del conocimiento científico.

El encuentro conflictivo, que se operaba entre la geografía y la historia, exigía que los inventarios espaciales de las descripciones de viajes (que la historiografía del siglo XVI reservaba a los países y a los pueblos situados en una alteridad negada a la historia) fuesen destinados tanto a las ficciones literarias, como a las descripciones científicas políticamente programadas. De Oviedo a Acosta, los enviados del imperio, veedores o religiosos, llegaron a las Indias Occidentales pertrechados de cuestionarios que les imponen una relación del territorio procedente de una racionalidad infalible. Las relaciones deben seguir, en este caso, ciertas reglas impuestas, pero las maravillas de lo real acaban por superar las cuestiones y las expectativas de la ciencia.

Oviedo, entusiasta y conmovido por los valles lujuriantes, las montañas inaccesibles, los lagos, ríos, manantiales, y la gran variedad de árboles y animales expresa su admiración hacia esta tierra condescendiente ya «no como madrastra, sino más como verdadera madre» (Fernández de Oviedo 1959: 8).

Acosta queda impresionado por la grandiosidad de los ríos (el Amazonas) y de los lagos (el Titicaca) y estudia con estupor y, también, con minucia los fenómenos telúricos, los volcanes, los manantiales de agua caliente y fría, además de los terremotos (Acosta 1954: 40-44).

Antes de la aparición de lo pintoresco y del arte de pintar las vistas, características del siglo XVIII, el paisaje americano afirma su autonomía en estos escritos y se vuelve un modelo para los paisajes europeos.

Los análisis globales del ambiente natural llegarán más tarde con los relatos de los exploradores del siglo XVIII y de la primera mitad del siglo XIX. Pero, tal vez, los viajes de A. Von Humboldt y la empresa totalizadora, no tanto por su carácter indudablemente inconcluso como por su fusión entre tierra, territorio y paisaje, entre definición científica, reflexión filosófica, escritura y representación en *Kosmos* (1845-1858), no serían concebibles sin las expectativas creadas por los lectores: de hecho Humboldt afirma varias veces que el viaje es una experiencia suspendida entre la premonición y la memoria: «El viajero disfruta de antemano la primera vista de la constelación de la Cruz del Sur y de las nubes de Magallanes que circundan el Polo Sur por completo —de las nieves del Chimborazo y de la columna de humo que sale del volcán de Quito— del primer matorral de helecho y del Océano Pacífico; los días en los que tales deseos son satisfechos hacen las épocas de la vida» (Stafford 1984: 400).

En los escritos hispano-americanos de la segunda mitad del siglo XVI, el paisaje no es ya un telón de fondo, sino el contraplano de lo que el hombre no es, el lugar de la alteridad de la naturaleza como dominante no humana; el paisaje pasa del estadio de *parergon* al de *ergon* (Stafford 1984: 8); lugar de *energeia*, de fuerzas en movimiento, y de *enargeia*, de evidencias claras, esta naturaleza se hace protagonista de su propio drama; ella es, ciertamente, portadora de las actitudes de simpatía y de armonía del Renacimiento, pero al mismo tiempo, de los rasgos de una costumbre experimental, de una observación que sabe encontrar sus propias verificaciones en la descripción coreográfica y en el diseño. Así, mientras que país y paisaje son todavía confusos en la lengua (Liaroutzos 1988: 28), el viaje comienza a revestir, a partir de la segunda mitad del siglo XVI, un valor enciclopédico y unas funciones epistemológicas más complejas.

Al lado de la tierra constituida por los continentes recientemente descubiertos, los mares y los océanos en vía de exploración, al lado de la tierra como suelo agrícola, y teatro de guerras y de civilizaciones, de la tierra amenazada por la territorialización política, se afirma, entonces, la tierra como lugar del cambio por excelencia, como lugar del viaje absoluto.

La mayoría de los viajes del siglo XV, como las peregrinaciones de la Edad Media, estaban rigurosamente condicionados por un destino (Richard 1981).

Muy a menudo, los viajes ignoraban el paisaje y el territorio: los viajes señalaban las etapas y, a lo largo del recorrido, designaban los elementos de mayor prestigio, como una

montaña, un río, una iglesia, un monasterio, un edificio o un monumento, o también un sitio dotado de una leyenda particular. En Francia, hasta el siglo XVI, la verdadera descripción era todavía reservada a otros campos, como a la poesía, a la pintura, y no al viaje. Además, como lo señala Normand Doiron: «El estilo *naïf* del que protestan los viajeros proviene directamente de la concepción pretenciosa de una *historia nuda*» (Doiron 1988: 87).

No hay, entonces, que maravillarse si Montaigne no está atento al paisaje. Aunque, en él, esta exclusión pueda nacer de una motivación diferente. Lector de relaciones de viajes y amante de los viajes, él reconoce en el viaje, contra todas las opiniones de los antiguos, *in primis* Séneca, una actividad fecunda por el conocimiento, y fecunda en sí, independientemente de su objetivo, del punto de llegada. El viaje es el signo de una enfermedad fructuosa; el *animus instabilis* no es indigno del sabio, a pesar de un celeberrimo tópico estoico. *Oscilar/branler* significa ‘dejarse llevar por la naturaleza’ «de acuerdo con su conmovedora infinitud interior» (Friedrich 1968: 269). « Le monde n’est qu’une brenloire pérenne. Toutes choses y branlent sans cesse : La terre, les rochers du Caucase, les pyramides d’Égypte et du branle public et du leur. La constance même n’est autre chose qu’un branle plus languissant » (Montaigne 1973: 44). La geografía y la historia participan de la misma movilidad. El viaje es todo: no se viaja en vista de lo mejor, sino de lo diferente. « Oui, je le confesse, je ne vois rien, seulement en songe et par souhait, où je me puisse tenir. La seule variété me paie et la possession de la diversité » (Montaigne 1973: 262). Cada desviación intelectual o práctica es justificada en vista del enriquecimiento que sabe ofrecer la diversidad.

El territorio de Francia se disuelve durante los viajes de Montaigne, para luego recomponerse cuando sus deberes políticos y administrativos lo llaman de vuelta a su tierra. Pero eso no altera la elección de lo provisorio que caracteriza su vida y que es sellada por su deseo de una muerte sin retorno, en tierra extranjera: «plutôt à cheval que dans una lit, hors de ma maison et éloigné des miens » (Montaigne 1973: 250).

Este aspecto provisorio es el signo manifiesto que el hombre del Renacimiento posee una visión plural, pero en nada triunfalista, de su conocimiento. Además, el viaje nunca es la metáfora de este carácter provisorio, sino el lugar concreto donde la metáfora se hace fructuosa. Si Montaigne recusa el viaje por mar, es sólo porque éste no le daría la libertad de los *tours* y *détours* del viaje por tierra, y no en razón de un antiguo prejuicio (Hesíodo, Virgilio y Horacio).

El siglo siguiente —que exigirá códigos muy marcados por el viaje— verá en el viaje y en la historia las dos fuentes complementarias de la experiencia humana, expresará —en

el arte francés de viajar— los principios de un método que parece sintetizar las experiencias del Renacimiento, proponiéndose como la superación de tales experiencias. Por lo tanto, «la estrada, la vía que para reconstruir la unidad del mundo, hará el *tour*, unirá las partes más desconocidas y más lejanas. El viaje clásico es una religión de la estrada. La carta es un icono al cual toda la cultura clásica dedicará un culto verdadero. Pues el *mapamundi* representa la imagen reencontrada de la unidad del mundo. El viajero clásico mira a transformar el espacio pulverizado del Renacimiento, compuesto por islas dispersas y de singularidades, en un mundo nuevamente entero» (Doiron 1988: 90).

El arte de viajar del siglo XVII, que decreta el final del vagabundeo y de la errancia en nombre de códigos establecidos, proyecta el viaje en una dimensión extraliteraria y especulativa. La metáfora de la vía del conocimiento se transforma, en Descartes, en un verdadero método de reflexión y da nombre a su obra (del greco *meta* y *hodos* ‘camino, vía, estrada’) (Doiron 1988: 73). Paralelamente el carácter ontológico que el paisaje revestirá abandonando definitivamente las reglas del *ekfrasis* deberá, luego, confrontarse tanto con la heterogeneidad, la porosidad y la fluidez de la materia como con la armonía (o la desarmonía) preestablecida del mundo. El camino que conduce de Leibniz y de George Berkeley (Stafford 1984: 195) a Cézanne es tan rápido que nuestra imaginación histórica no nos permite recorrerlo.

El Renacimiento puede parecernos hoy mucho más digno de curiosidad y de investigaciones, por la incertidumbre, el riesgo y la movilidad a los que estaban expuestos toda existencia y todo conocimiento. El viaje, entonces, no estaba todavía revestido de la categoría de la necesidad y, por lo tanto, de una fuerza sagrada; el viaje no era todavía la metáfora privilegiada de un colonialismo triunfalista, ni de las filosofías catastrofistas del exilio y del fracaso, y tampoco de las filosofías existencialistas que, en la aparente aceptación de la incertidumbre esconden los estremecimientos de los abismos que se extienden bajo la superficie marina dividida y frágil del « *Gai savoir* ».

Y desde el instante en el que la metáfora del viajero, como la del náufrago, tan bien ilustrada por Blumenberg (1994), corren el riesgo de caer en la circularidad de la tautología, el viajero regresa, en la literatura de estos veinte últimos años, a sus recorridos concretos. De hecho, ¿qué sentido puede revestir, para el hombre que ha conquistado el cielo, luego el espacio, la marginalidad de la tierra? ¿Y el estrechamiento de la tierra no es, tal vez, sólo una imagen peligrosa de la información, concebida para sugerir una hegemonía que no existe, sino en la lógica de los desequilibrios económicos y políticos que han transformado

la tierra y el universo en una acumulación de territorios indistintos? El escritor puede, a este punto, dar nuevamente consistencia a la balsa del naufragio, transformándolo en una *Jangada de pedra* (Saramago 1986) o imaginar una deriva de los continentes que nos permita reconquistar la consciencia de la movilidad y de la variedad o puede tomar su mochila y recorrer nuevamente el mundo a condición de tener una escritura que sepa reproducir la *Anatomía de la inquietud* (Chatwin 1996) que caracteriza la vida de la tierra, sin considerar el *yo* ni como actor ni como espectador.

Es también posible que, en esta investigación, el escritor descubra que la materia de la tierra se ha transformado en otra cosa, y que él no puede ni debe proporcionar nuevas formas para expresarlo. En la historia contemporánea ya no se permanece a la espera que ella se manifieste y que aparezca en toda su claridad en la palabra, a la manera del físico que espera el resultado de un experimento realizado en el acelerador de partículas.

Trazar un nuevo *Atlas occidental* (Del Giudice 1985) significará, entonces, superar las nociones de tierra, de territorio y de paisaje, sin borrar la historia. Eso significará que no hay más lugar en la literatura ni en la crítica para las homologaciones; que el viaje exige una nueva confianza en los objetos que nos rodean y, al mismo tiempo, requiere una consciencia inquieta de los nombres que los indiquen.



## BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, José de

1954 *Historia Natural y Moral de las Indias*. Madrid: Atlas.

ALBUQUERQUE, Luís de

1983 *Ciencia e experiencia nos descubrimentos portugueses*. Lisboa: ICALP.

AMBROSINI, Federica

1982 *Paesi e mari ignoti. America e colonialismo europeo nella cultura veneziana (secoli XVI-XVII)*. Venecia: Deputazione Editrice.

BLUMENBERG, Hans

1994 *Naufage avec spectateur. Paradigme d'une métaphore de l'existence*. Traducción de L. Cassagnau. París: l'Arche.

CALVINO, Italo

1988 *Lezioni americane. Sei proposte per il prossimo millennio*. Milán: Garzanti.

CHATWIN, Bruce

1996 *Anatomia dell'irrequietezza*. Milano: Feltrinelli. (*Anatomy of Restlessness*. UK: Jonathan Cape, 1997).

Del GIUDICE, Daniele

1985 *Atlante occidentale*. Turin: Einaudi.

DOIRON, Normand

1988 « L'art de voyager. Pour une définition du récit de voyage à l'époque classique », En : *Poétique*, pp. 83-108.

1995 *L'art de voyager. Le déplacement à l'époque classique*. Sainte-Foy-París: Les Presses de l'Université de Laval-Klincksieck.

- ELLIOTT, John H.  
1970 *The Old World and the New 1492-1650*. Cambridge University Press.
- FEBVRE, Lucien  
1949 *La terre et l'évolution humaine. Introduction géographique à l'histoire*. Paris: Albin Michel.
- FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo  
1959 *Historia General y Natural de las Indias*. Madrid: Atlas.
- FRIEDRICH, Hugo  
1968 *Montaigne*. Paris: Gallimard.
- KRÁSA, Miloslav, Josef POLIŠENSKÝ, y Peter RATKOŠ, (ed.)  
1986 « European Expansion 1494-1519: The Voyages of Discovery ». En *The Bratislava Manuscript Lyc. 515/8 (codex Bratislavensis)*. Prague: Charles University.
- LEED, Eric  
1991 *The Mind of the Traveler: from Gilgamesh to Global Tourism*. Nueva York: Harper Collins Publishers-BasicBooks.
- LESTRINGANT, Frank  
1988 « Chorographie et paysage à la Renaissance » En *Le Paysage à la Renaissance*. Fribourg: Éditions Universitaires de Fribourg, Suisse.
- LIAROUTZOS, Chantal  
1988 « L'appréhension du paysage dans «Le Guide des chemins de France» ». En *Le Paysage à la Renaissance* Ed. Yves Giraud. Fribourg: Eds. Universitaires, pp. 27-34.
- MILDONIAN, Paola  
1998 « Terre, territoire, paysage: les instances de la recherche, les temps de l'aventure, l'espace de l'histoire ». En SEIXO M.A. y G. ABREU (org.) *Les récits de voyage: Typologie, historicité*. Lisboa: Cosmos, pp. 259-277.

MONTAIGNE

1973 *Essais III*. Paris: Gallimard Folio.

RICHARD, J.

1981 *Les récits de voyages et de pèlerinages*. Prepols-Turnhot: Universidad Católica de Louvain.

RAMUSIO, Giovanni Battista

1980 *Navigazioni e Viaggi III*. Turin: Einaudi.

SARAMAGO, José

1986 *A Jangada de Pedra*. Lisboa: Caminho.

STAFFORD, Barbara Maria

1984 *Voyage into Substance. Art, Science, Nature, and the illustrated Travel Account, 1760-1840*. MIT Press, Cambridge Mass.

VERRIER, Frédérique (ed.)

1994 *Voyages en Afrique noire d'Alvise Ca' da Mosto (1455 et 1456.)* Paris: Editions Chandeigne-Unesco.